

ra algo. Desde la puerta comprendí que no se me recibía bien; la cerré, bajé la escalera, cubierta de musgo... Y toda la noche me ha perseguido aquella límpida mirada...



11 Diciembre.

Esta mañana, al ir á levantar los lazos para cazar liebres, que tenía puestos en lo último del jardín, encontré una paloma. La cosa me asombró.

Las palomas caseras no se posan nunca en los edificios deshabitados, y hasta ahora no había cogido nunca aquí más que tórtolas de las que andan por el bosque.

Esta era una paloma domesticada, bastante grande, con las patas y el pico muy son-

rosados y las alas blancas y color de canela. El lazo no la había herido; solamente estaba aterida por el frío. Me la traje á casa, la puse cerca de la lumbre, y allí la tuve un rato, entre las dos manos, calentándola, y sin que ella hiciese el menor esfuerzo para escaparse, como si estuviese privada de movimiento.

Noté que en una de sus alas había una cifra impresa: 523, y más abajo estas palabras: *Sociedad de la Esperanza*. Luego, debajo de las plumas, encontré un cañón algo más grueso que los demás, donde iba adherida una pequeñísima hoja de papel de seda muy arrollada.

Había cojido una paloma mensajera.

¿Vendría de París ó de alguna ciudad de provincia? ¿Llevaría el parte de una victoria ó de una derrota? ¿Sería mensajera de buenas ó de malas noticias?...

La contemplé largo rato con admiración casi religiosa, mientras que ella, en libertad por la sala baja, revoloteaba tranquilamente

de una parte á otra y picoteaba los cristales de la ventana.

Poco á poco, gracias al calor se reanimó, y su plumaje tomó su aspecto ordinario.

Entonces abrí la ventana de par en par y la puse en el alféizar. El animalito estuvo un momento escudriñando el cielo alargando el cuello, buscando sin duda la manera de orientarse y tomar la dirección que llevaba.

Por fin se remontó, y al llegar á cierta altura, en la cual resaltaba sobre el fondo sombrío del cielo encapotado, echó á volar en dirección á París.

¡Ah! ¡Si yo pudiese tomar el mismo camino que ella!...





15 Diciembre.

Es cosa decidida. Nos vamos mañana. Y digo nos vamos porque Goudeloup ha venido á buscarme. Lo he visto llegar al oscurecer, más feroz que nunca. ¡Ese desgraciado ha matado ya *veintiuno!*

Su venganza comienza ya á estar harta de sangre. Además lo persiguen y lo acorralan cada vez más estrechamente. Sus acechos van siendo cosa muy difícil. Su cacería es ahora peligrosísima.

Así es que no me ha costado gran trabajo decidirlo á emprender conmigo la expedición á París.

Saldremos mañana á la noche, en mi barquilla que se quedó allá en el Sena, amarrada al atracadero que hay á la sombra de unos sauces. Esta idea se le ha ocurrido á Goudeloup. Cree que siendo la noche muy oscura, podremos llegar por el río al Port-à l'Anglais, y desde allí, escurriéndose por el camino que siguen los trabajadores del río cuando remolcan las barcazas, llegar hasta la primera barricada francesa. Allá veremos...

He preparado mi revólver, unas mantas, dos ó tres panes y una cantimplora grande, llena de aguardiente.

Verdaderamente la aventura es peligrosa; pero desde que he resuelto emprenderla, me siento más tranquilo. En vez de amedrentarme los cañonazos de París, me electrizan. Parece que me llaman, y cada vez que resuena uno, me dan ganas de contestar: "¡Allá voy!". Ahora me parece que el retrato del pabellón me sonríe desde su marco dorado, y que ha recobrado su tranquila fisonomía de imagen...

No siento más que una cosa al marcharme de la Ermita: ¿qué será de Colaquet? Dejaré la cuadra abierta para que pueda buscarse la vida en el bosque. Colocaré á su alcance la paja que me queda, y procuraré que, mientras hago esos preparativos, no tropiecen mis miradas con las de sus ojos bondadosos que parecen preguntar: "¿Adónde vas?.. ...Y ahora, dejo abandonado mi diario en esta página, escribiendo estas palabras, probablemente las últimas que escribiré en él: "¡En marcha para París!,"...





Escrito á tiendas, de noche...

Vuelvo á casa... Goudeloup ha muerto...
¡viaje fracasado!

26 Diciembre.

¡Diez días! No he estado ausente más que diez días, y me parece que con la multitud de imágenes, de siluetas, de impresiones confusas y terribles que traigo de un viaje tan corto, habría para llenar varias vidas.

Ahora que he vuelto, y que en el estrecho recinto de la Ermita todos esos recuerdos me persiguen y me atormentan, voy á procurar escribirlos, aunque sólo sea para desembarazarme de ellos.

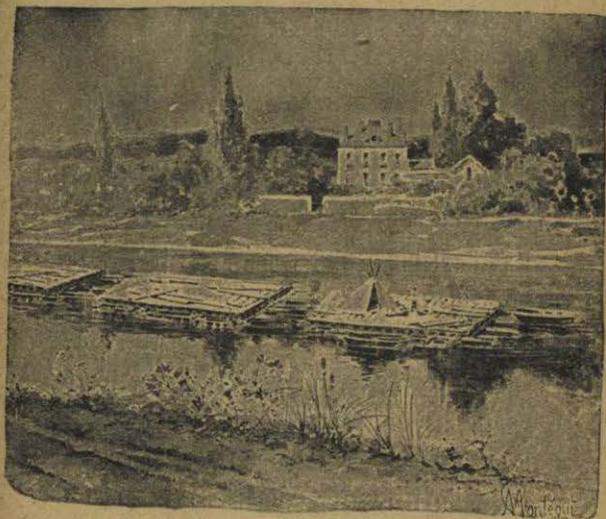
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. "ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Salimos la noche del 16. Noche muy fría, sin luz en el cielo, y alumbrada sólo por la blancura mate de un suelo de escarcha. Los grandes árboles cristalizados, se parecían to-



dos á grandes oxiacantos llenos de flor antes de nacerles las hojas. Pasamos por Champrosay, que estaba lúgubre y silencioso como la escarcha que caía, y se aglomeraba sobre aquellos tejados fríos, en vez de derretirse poco á poco en el borde de las canales, al calor del fuego encendido en las chimeneas.

No había ni un prusiano en todo el horizonte, y fué una suerte, porque en medio de la inmensa llanura desierta eran muy visibles nuestras dos siluetas.



Encontramos mi barquilla escondida en una pequeña ensenada.

Es una canoa muy ligera. Envolvimos los remos en unos trapos, nos embarcamos sin ruido y nos vimos solos en el río, combatidos de vez en cuando por los pedazos de

hielo que sobrenadaban, parecidos á bloques de cristal.

Muchas veces otros años me había embarcado en noches oscuras, tan oscuras y frías como aquélla, para ir á pasear ó á visitar mis cuévanos para pescar. Pero ¡qué animación, qué vida entonces por todo el río! Animación y vida un poco misteriosas, es cierto, impregnadas de silencio en aquellas horas dedicadas al descanso de la generalidad de las gentes que habitaban las orillas del río. Los largos convoyes de barcazas cargadas de madera, con sus faroles de proa y de popa y sus siluetas de hombres de pie, bajaban lentamente hacia París, atravesando todas aquellas tinieblas campestres para entrar al amanecer en Bercy y en los barrios populosos y llenos de ruido.

Por la orilla del río pasaban vagones; el tren expreso de la noche se deslizaba por las sinuosidades de la vía como una serpiente con ojos de fuego. Y el observador pensaba en todas las razones lúgubres y alegres

que tenía aquella gente para moverse de aquel modo...

De largo en largo trecho, á la orilla del río, el cual casi bañaba sus paredes, surgían casetas de escluseros, barracas de barqueros; los ventorrillos, frecuentados por los marineros, reflejaban sobre las aguas la vaga claridad de los empañados cristales de sus ventanuchos.

Ahora, nada de todo aquello. Teníamos delante de nuestra vista un río enteramente nuevo para nosotros, negro, desierto, con todos los puentes rotos, que hacían variar el curso de la corriente. Yo gobernaba bastante bien nuestra canoa, dando de cuando en cuando algún golpe de remo, los precisos para mantenernos en la dirección deseada, y para evitar los islotes sumergidos, que sólo se conocen por las puntas de algunos sauces que salen á flor de agua.

— Esto va bien, me dijo Goudeloup.

En aquel momento, el ruido de un remo llegó á nuestros oídos, y desde la orilla dijo

una voz vigorosa, con marcado acento meridional:

—¡Vamos, barquero, despierta!



—Es el médico de Draveil, murmuró mi compañero.

Yo también había conocido la voz de aquel hombre valeroso, que se oye de día y de noche por todos los caminos de la co-



Me cogí á la cadena con las dos manos y me lancé al río.

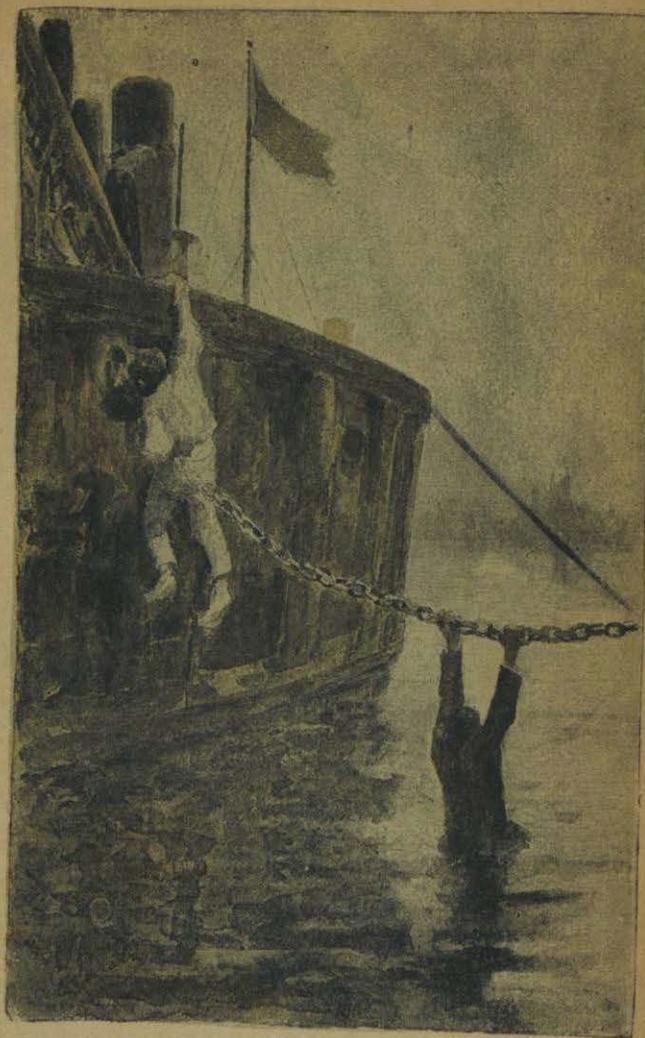
una voz vigorosa, con marcado acento meridional:

—¡Vamos, barquero, despierta!

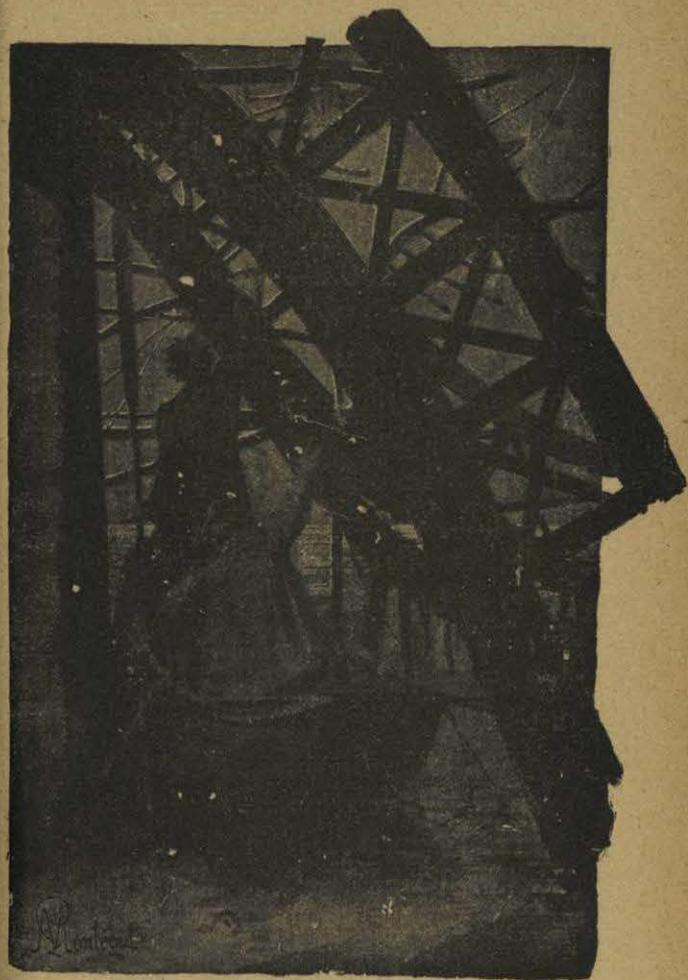


—Es el médico de Draveil, murmuró mi compañero.

Yo también había conocido la voz de aquel hombre valeroso, que se oye de día y de noche por todos los caminos de la co-



Me cogí á la cadena con las dos manos y me lancé al río.



marca, siempre animosa y apresurada siempre. ¿Cómo estaría allí? ¿Se había quedado en Draveil? Me daban ganas de gritarle: "Buenas noches, doctor.". Pero me detuvo un temor. Feliz temor, por cierto, porque casi inmediatamente nos encontramos con una pesada barcaza que cruzaba de una orilla á otra con una linterna encendida á proa; y ví al lado del bueno del doctor R... y de su eterno sombrero de fieltro mojado con todas las lluvias de Seine-et-Oise, unos cuantos relucientes cascos.

Estábamos, afortunadamente, fuera del radio de luz de la linterna, la cual hacía más profundas todavía las tinieblas que envolvían nuestra canoa, y pasamos inadvertidos.

Otro peligro, no menos grave, nos esperaba un poco más lejos: el puente del camino de hierro, al que le habían volado tres ojos, y que interceptaba el paso por el río con el enorme montón de sus escombros.

Verdaderamente no sé cómo pudimos

franquear aquella siniestra barricada sin hundirnos ó destrozarnos.

En Port-Courcelles, las mismas angustias. Los sauces nudosos, enormes, de las dos islas, eran, en medio de la obscuridad de la noche, otros tantos escollos que tuvimos la fortuna de poder evitar.

Por fin, ya estamos en Ablon y su esclusa. Desde aquí los cañones de París, más distintos, más terribles, nos envían á cada momento su rojizo resplandor y sus voces de trueno...

Debíamos haberlo supuesto: la esclusa está cerrada. Afortunadamente nuestra barquilla es muy ligera y podremos entre los dos levantarla por encima de la verja y pasarla al otro lado del portazgo, como he hecho otras muchas veces.

Atracamos á esa escalerilla donde el posadero de Ablon limpia las anguilas que ha de servir á sus parroquianos todos los domingos, donde se instalan los pescadores de caña, con la copa de sus sombreros marine-

ros inundados de sol, y con los pies calzados con alpargatas. ¡Es admirable la manera! ¡Cómo el peligro hace variar el aspecto de las cosas!...

Al llegar á los últimos peldaños de la escalera, veo á diez pasos de nosotros un centinela que se paseaba lentamente por el muelle.

Más allá estaba la caseta de la esclusa, transformada en cuerpo de guardia prusiano, con luz en todas las ventanas. Quiero bajar apresuradamente para volverme á embarcar y ganar lo más pronto posible la orilla opuesta; pero Goudeloup no hace caso de mí. Sus miradas permanecen obstinadamente fijas en aquella sombra que se destaca en el fondo oscuro de la niebla, y que pasea, silbando un aire alemán, por encima de nuestras cabezas. Procuro yo arrastrar á Goudeloup en pos de mí; pero se me escapa y da un salto... Oigo un ruido seco, un quejido ahogado; el ruido de un correaje de soldado que se agita, y la pesada caída de un cuerpo.

—¡Veintidós!...—dijo Goudeloup escuriéndose por la escarpa abajo.

Pero el pobre soldado, á quien acaba de dejar tendido, ha tenido, antes de morir, fuerzas para disparar su fusil. El disparo pone en movimiento las dos orillas del río. Imposible atracar á ninguna de ellas. Apresuradamente llegamos en medio del río y empezamos á bogar con todas nuestras fuerzas.

Aquello parecía una pesadilla.

El viento, la corriente, todo va contra nosotros; y mientras de la esclusa se destaca una lancha que lleva su farol á proa, que baja, sube, nos busca, nos acecha, otro bote se va acercando á nosotros en sentido inverso.

—¡A la draga!...—me dice Goudeloup al oído.

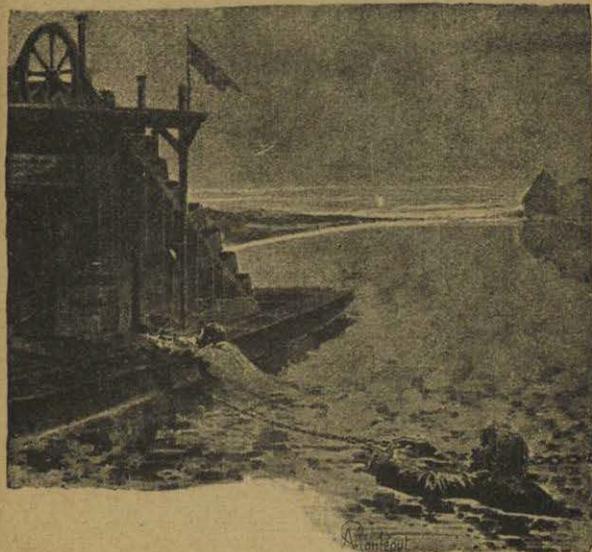
Cerca de nosotros, amarrada á quince ó veinte metros de la orilla, aparecía la sombra masa de una draga de vapor, con sus tambores y sus cubos sujetos á una cadena, para sacar la arena del fondo.

El Sena, que estaba muy crecido, la medio inundaba, y chocaba contra su proa con



gran estrépito. Atracamos á e'la; pero en nuestra precipitación por refugiarnos allí,

olvidamos conservar nuestra canoa, que fué arrastrada por la corriente, llevándose las mantas y las provisiones que contenía. Y



eso nos salvó. Cinco minutos después un ¡hurra! formidable nos anunció que los prusianos acababan de tropezar con la canoa. Al verla vacía, debieron creer que nos habíamos ahogado y sumergido, porque al

cabo de un momento, los de los faroles saltaron á tierra, y todo el río volvió á quedar sumido en el silencio y en las tinieblas...

La draga en que nos encontrábamos era una verdadera ruina... Era un sitio de refugio singular, que crujía y se desvencijaba por todas partes, á la cual azotaba con furia el agua del río. En la cubierta de la draga, llena de pedazos de madera y de hierro viejos, el frío era insoportable. Tuvimos que refugiarnos en la cámara de la máquina de vapor, á la cual no llegaba afortunadamente el agua todavía. Poco faltaba para ello, porque en varios sitios los tabiques de la cámara estaban desvencijados hasta cerca de la línea de flotación, según podíamos ver, gracias al plumizo reflejo de la noche sobre el agua.

¡Qué horas más tristes pasamos allí! El hambre, un frío tremendo que llenaba nuestros miembros de un entorpecimiento adormecedor, contra el cual era necesario luchar á todo trance...

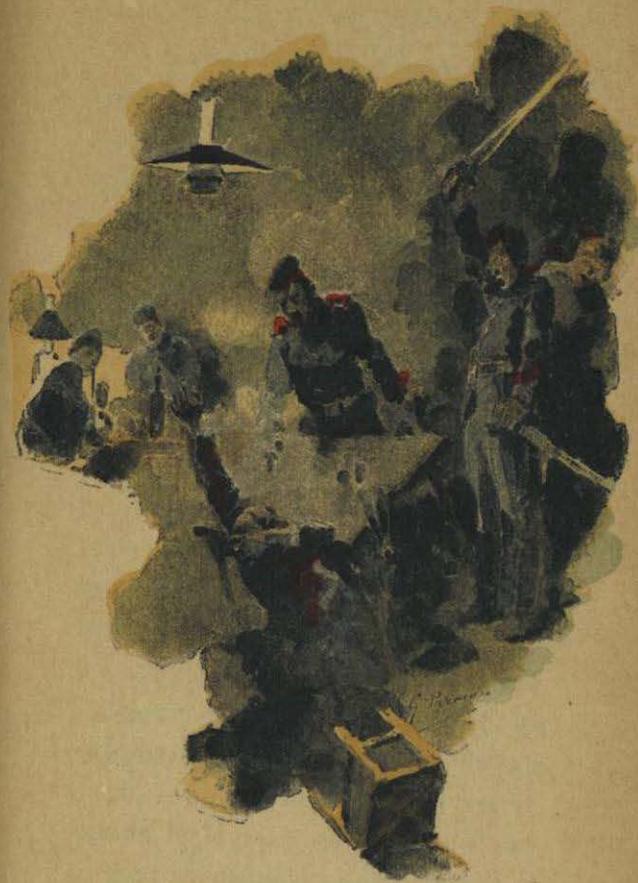


Le saltaron la tapa de los sesos de un tiro de revólver.

cabó de un momento, los de los faroles saltaron á tierra, y todo el río volvió á quedar sumido en el silencio y en las tinieblas...

La draga en que nos encontrábamos era una verdadera ruina... Era un sitio de refugio singular, que crujía y se desvencijaba por todas partes, á la cual azotaba con furia el agua del río. En la cubierta de la draga, llena de pedazos de madera y de hierro viejos, el frío era insoportable. Tuvimos que refugiarnos en la cámara de la máquina de vapor, á la cual no llegaba afortunadamente el agua todavía. Poco faltaba para ello, porque en varios sitios los tabiques de la cámara estaban desvencijados hasta cerca de la línea de flotación, según podíamos ver, gracias al plomizo reflejo de la noche sobre el agua.

¡Qué horas más tristes pasamos allí! El hambre, un frío tremendo que llenaba nuestros miembros de un enorpecimiento adormecedor, contra el cual era necesario luchar á todo trance...



Le saltaron la tapa de los sesos de un tiro de revólver.

En derredor nuestro espumaba el agua y crujía la madera; la cadena de la draga, enmohecida, daba siniestros chirridos, y allá arriba, encima de nuestras cabezas, algo así como la tela de una bandera mojada, era sacudida furiosamente por el viento.

Esperábamos con impaciencia la llegada del día, y sin saber con certeza la distancia que nos separaba de la villa ni cómo podríamos franquearla. Medio adormecidos y con la preocupación de salvarnos, las sacudidas del vetusto y averiado casco de la draga, el ruido producido por el agua que nos rodeaba... á veces me parecía estar haciendo un largo viaje marítimo y verme sorprendido por noche de terrible tormenta en alta mar.

Cuando por los agujeros de la cámara, ennegrecidos y desgarrados como después de un bombardeo, vimos palidecer la superficie del río bajo la tenue claridad del amanecer de un día de invierno, tratamos de orientarnos.

Los ribazos de Juvisy, que salían de entre